

La tuerta

La tuerta era una mujer delgada, alta, macilenta, de pecho **hendido**, busto arqueado, brazos largos, delgados, anchos en los codos, gruesos en las muñecas; manos grandes, huesudas, arruinadas por el reumatismo y el trabajo; uñas gruesas, chatas y cenicientas, cabello **crespo**, de un color indeciso entre el blanco sucio y el rubio ceniza, ese cabello cuyo contacto parece áspero y espinoso; boca contraída en una expresión de desprecio, cuello largo, arrugado, como el pescuezo de los cuervos; dientes enfermos y cariadados. La desgraciada tenía un defecto horrible: le habían extraído el ojo izquierdo, el párpado bajaba marchito dejando sin embargo junto al lagrimal una **pústula** continuamente supurante.

Vivía en una casa pequeña, pagada por su hijo único, obrero en un taller de sastrería; ella lavaba ropa para hospitales y se hacía cargo de todo el trabajo de la casa, incluso de la cocina. El hijo, un día, cuando ya tenía su sueldito, le avisó a la madre que por ser más conveniente para su trabajo comería a partir de entonces afuera...

Ella fingió no percibir la verdad y se resignó.

De aquel hijo le venía todo el bien y todo el mal.

¿Qué podía importarle el desprecio de los otros, si su hijo adorado le borraba con un beso todas las amarguras de su existencia? Pero... también los besos comenzaron a escasear, a medida que Antonico crecía. De niño le apretaba los brazos y le **henchía** la cara de besos; después, solo la besaba en la mejilla derecha, aquella donde no había vestigios de enfermedad; ahora, se limitaba a besarle la mano.

Ella comprendía todo y se callaba.

Su hijo no sufría menos.

Cuando de niño entró en la escuela pública del vecindario, sus compañeros, que lo veían llegar con su madre, comenzaron a llamarlo: el hijo de la tuerta.

En la calle, muchas veces, él oía desde una u otra ventana que decían: ¡el hijo de la tuerta! ¡Ahí va el hijo de la tuerta!

A los once años Antonico le pidió dejar la escuela: se peleaba con sus compañeros, que lo molestaban y no lo querían. Después de eso pasó un tiempo en su casa, ocioso, delgado, amarillo, tirado en los rincones, durmiendo sin parar, siempre enojado y bostezante. A los dieciséis años, viéndolo más fuerte, la tuerta solicitó y obtuvo un puesto en un taller de sastrería.

Antonico encontró en el taller una cierta reserva y silencio de parte de los compañeros, hasta que comenzó a sentirse bien allí.

Pasaron algunos años y a Antonico le llegó la hora de enamorarse. ¡Amaba como un loco a la linda morenita de la esquina de enfrente, una jovencita adorable, de ojos negros como terciopelo y boca fresca como un pimpollo de rosa! Antonico volvió a frecuentar la casa y se expandía más cariñosamente con la madre; un día que vio que los ojos de la morenita se fijaban en los suyos entró como un loco en el cuarto de la tuerta y la besó incluso en la mejilla izquierda, en un desbordamiento de olvidada ternura.

Aquel beso fue para la infeliz una inundación de júbilo.

Mientras tanto, Antonico escribía, en un papel delicado, su declaración de amor a la vecina. Al día siguiente, bien temprano, le envió la carta. La respuesta se hizo esperar. Durante muchos días Antonico se perdió en amargas conjeturas. Finalmente recibió una carta en la que la bella morenita confesaba consentir en ser su mujer, ¡si él se separaba completamente de su madre! Seguían explicaciones confusas, mal **hilvanadas**: le mencionaba una mudanza de barrio, él allí era muy conocido como hijo de la tuerta y él comprendía que ella ¡no podía sujetarse a ser llamada la nuera de la tuerta o algo semejante!

Antonico lloró. ¡No podía creer que su casta y gentil morenita tuviera pensamientos tan **pragmáticos**!

Después su rencor se volcó hacia su madre.

¡Ella era la causa de toda su desgracia! Aquella mujer había perturbado su infancia, le había quebrado todas las carreras, y ahora su más brillante sueño de futuro desaparecía frente a ella. Tenía que protegerla de lejos, viéndola de vez en cuando de noche, furtivamente...

Pasó un día terrible; a la noche, al volver a su casa, llevaba su proyecto y la decisión de exponérselo a su madre.

La vieja, agachada en la puerta de la huerta, lavaba unas cacerolas con un trapo engrasado. La tuerta levantó el rostro hacia él y Antonico, viéndole el pus en la cara, le dijo:

—Al final, nunca me explicó bien a qué se debe ese defecto.

—Una enfermedad. Es mejor no recordarlo.

—Siempre la misma respuesta: es mejor no recordarlo.

¿Por qué?

—Porque no vale la pena, no se arregla nada...

—Bien, ahora escuche: tengo una novedad. El patrón me exige que duerma cerca de la tienda... ya alquilé un cuarto. Usted se queda aquí y yo vendré todos los días a saber de su salud o si tiene necesidad de alguna cosa.

Él había colocado en esas palabras toda su energía y miraba ahora a la madre desconfiado y miedoso.

La tuerta se levantó y, fijando en el hijo una expresión terrible, le respondió con doloroso desdén:

—¡Mentiroso! ¡Lo que tiene es vergüenza de ser mi hijo!
¡Salga de aquí, que yo también ya estoy sintiendo vergüenza
de ser madre de semejante ingrato!

El joven salió **cabizbajo**, sumiso, sorprendido de la
actitud que había asumido su madre, hasta entonces tan
paciente y cuerda; iba con miedo, maquinalmente, obede-
ciendo la orden que tan feroz e imperativamente le había
dado la tuerta.

Ella lo acompañó, cerró con estruendo la puerta, vién-
dose sola, se apoyó tambaleante en la pared del corredor y
se desahogó en sollozos.

Antonico pasó una tarde y una noche angustiado.

A la mañana siguiente su primer deseo fue volver a su
casa, pero no tuvo coraje. Se acordó providencialmente de su
madrina, la única amiga de la tuerta, pero que, sin embar-
go, raras veces la buscaba. Fue a pedirle que interviniera, y
le contó sinceramente todo lo que había ocurrido. La madri-
na lo escuchó conmovida. Después, le dijo:

—Yo preveía esto mismo cuando le aconsejaba a tu
madre que te contara toda la verdad; ella no quiso, ¡y este
es el resultado!

—¿Qué verdad, madrina?

—Te la diré junto a ella. Vamos.

Encontraron a la tuerta sacando manchas del traje del
hijo; quería mandarle la ropa limpia. Cuando la amiga y
el hijo entraron, se quedó inmóvil: la sorpresa y la alegría
le paralizaron cualquier acción.

La madrina comenzó inmediatamente:

—Tu hijo fue a suplicarme que te viniera a pedir per-
dón por lo que ocurrió aquí ayer y yo aprovecho la ocasión
para, frente a vos, contarle lo que le deberías haber contado
vos misma. Mirá, jovencito, quien encegueció a tu madre
fuiste vos.

El ahijado se puso **lívido**; ella concluyó:

—No fue tu culpa. Eras muy pequeño cuando, un día,
durante el almuerzo, levantaste en tu manito un tenedor;
ella estaba distraída y antes de que yo pudiera evitar la
catástrofe, enterraste el tenedor en su ojo izquierdo. ¡Todavía
tengo en el oído el grito de dolor que dio!

Antonico cayó pesadamente de bruces, con un desmayo;
la madre se acercó rápidamente, murmurando trémula:

—¡Pobre hijo! ¿Te das cuenta? Era por esto que no que-
ría decirle nada.

En *Primera antología de cuentos brasileños*. Ed. Espasa Calpe,
Buenos Aires, 1946 (adaptación).

handido: dividido, cortado.
respo: enrulado.
ústula: ampolla llena de pus.
enchía: llenaba.
livanadas: unidas.
ragmáticos: utilitarios.
cabizbajo: triste, preocupado
o avergonzado.
lívico: pálido.

